



LA CASA DEL CIELO AZUL
CARLOS
EL FIN DEL MUNDO

Manuel Antonio Palomino

LA CASA DEL CIELO AZUL
CARLOS
EL FIN DEL MUNDO



Primera edición: septiembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Manuel Antonio Palomino

ISBN: 978-84-19899-60-6

ISBN digital: 978-84-19899-61-3

Depósito legal: M-27808-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a mi madre, mis hermanas, mi mujer y mi hija,
y a toda la gente que ha sufrido la barbarie.
A Pablo Neruda, Rafael Alberti y Abraham Ortega
Aguayo, otrora ministro de Relaciones Exteriores;
sin ellos no hubiera podido venir a dar una vuelta a este
mundo
A mis amigos de siempre, que sacaban mariposas de los
bolsillos, ellos me enseñaron a volar...*

«No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor del
alma los recuerdos de su niñez».

MIGUEL DE UNAMUNO

LA CASA DEL CIELO AZUL

I

Se marchó con mis pantalones de overol.
Se la llevó una chicharra en un almendro,
en un zumbido abrumador.

Hacia la montaña gris y esplendorosa,
se la llevó un picaflor
que revoloteaba en mi corazón.

El horizonte subsistía tan cercano,
casi al borde de mis dedos.

Volaba de rama en rama
con el olor del nido,
como un zorzal alocado y engreído
que vuela por primera vez.

Mi infancia es un cielo azul,
un caballo al galope,
un cerezo en flor.

Cuando se comienza a recordar la infancia, el lugar donde se nació y creció por el capricho de la casualidad, surgen a borbotones los recuerdos de los hechos que marcaron aquella etapa en la que toda la preocupación

eran los juegos, los amigos y las cosas por descubrir. Esa niñez que nos limita en gran parte nuestra futura conducta y naturaleza.

Casi no se recuerdan los inviernos, en lontananza del cuadro de la pintura que se desprende de la memoria, como si lo difumináramos a propósito y no porque no tenga su magia, su peculiar atractivo, máxime de aquellos días donde todo se cubría de blanco y se sentía un regocijo espontáneo y desenvuelto; aunque esos días blancos eran anómalos y discontinuos, y, a veces, tardaban al menos un lustro. Se veía todo el campo nevado, daba la impresión de que, por arte de un hechizo o tal vez por el antojadizo deseo de alguien que quería que ese día fuese diferente, aparecía aquel paisaje límpido y níveo, en el que la nieve cubría todo y pugnaba durante la mañana con los débiles rayos de sol que pretendían devorarla. En el ambiente danzaba un aire frío que venía de la pared de la montaña y que se colaba por la piel hasta los huecos, y luego volvía a salir caliente por la boca. El aire iba y se devolvía de la montaña como en una máquina de hacer nieve que arrojaba escupitajos sobre el valle; no tenía la fuerza suficiente para alzarse sobre la formidable barrera de la cordillera los Andes.

En los días de lluvia, nos apiñábamos en casa esperando que todo se aquietara; el abuelo arrimado al calor de la estufa de leña, en una lectura perseverante, Dostoievski, Solzhenitsyn, Victor Hugo, Bécquer, Amado Nervo, Fernando Santiván, Manuel Rojas, Selecciones del *Reader's Digest*... En una espera silenciosa, persiguiendo a los per-

sonajes moviendo levemente los labios hasta que el apetito lo zarandeaba y lo apartaba de la lectura; la cazuela, los porotos granados, el pollo arvejado o la carbonada... en un almuerzo familiar donde la mesa se hacía pequeña y todos tenían el sitio resuelto. La primera norma antes de comer era que cada cual se sentaba en el lugar correspondiente, la segunda esperar que el abuelo rezara en silencio porque no hacía falta que lo hiciera en voz alta, todos intuíamos la bendición de la comida.

El abuelo era un devorador de libros, revistas, cualquier papel que cayera en sus manos; leyó todo lo que pudo estar a su alcance. Sentía un verdadero entusiasmo por las enciclopedias y los diccionarios ilustrados. Mi madre le regaló un diccionario de la lengua española, creo recordar que se lo leyó once veces como si fuera una novela. Algunas veces practicaba conmigo las palabras del diccionario, me hablaba de uno u otro término, de su significado; lo remataba con una frase a modo de ejemplo, era como si me contara minúsculos pedacitos de historia. Decía que todas las cosas tenían un nombre preciso y adecuado para un momento y una situación determinada, decía que nadie ni nada en el mundo podía estar sin nombre, aunque fuera imaginario o irreal. Otras veces, se ponía a diseñar o reflexionar cómo haría esto o aquello.

Había sido jabonero en sus años mozos. Había inventado una nueva receta de un jabón de lavar que le hizo famoso en toda la región. Un día, lo visitaron unos inversores que deseaban hacerse con la fórmula del abuelo. Le ofrecieron ser el director ejecutivo de producción y unos

pingües beneficios. La abuela le había dicho que no soltara la fórmula mientras no firmara el contrato. Lo llevaron a un formidable hotel de la ciudad de Concepción y celebraron una cena pomposa a todo gasto. Al final de la cena, estaba totalmente embriagado; a los inversores les resultó fácil que soltara la fórmula. El abuelo no era bebedor, solo una copita de vino a la hora de comer, pero, si lo empujaban un poquito, no rechazaba la invitación por lo menos por cortesía; entonces se ponía contento, parlanchín y colorado como una jaiba. Se le ponía una mueca que le hacía subir el labio del maxilar superior y aparecían unos dientes pequeños y amarillentos. En ocasiones, se le quedaba la sonrisa hasta el día siguiente. Obviamente, el abuelo no firmó el contrato y a los inversores nunca más les vieron el pelo.

Ejerció el oficio de nochero en la industria naviera valdiviana Haverbeck y Skalweit,¹ que llevaba productos del sur como harina y maderas, y del norte regresaba con fertilizantes, guano² y minerales para los Altos Hornos de Corral. La naviera Haverbeck y Skalweit, hasta antes del terremoto, era una de las empresas navieras más importantes del país. Era la época del emprendimiento alemán: los molinos de Collico de la familia Kunstmann o el molino de Grob, las cervecerías de Karl Anwandter o 1 Alberto Haverbeck fue el impulsor de la empresa naviera en 1870, con el tiempo se asoció con su yerno Rodolfo Skalweit. Legendaria naviera valdiviana que hacía cabotaje en todos los puertos de Chile entre Arica y Puerto Montt.
2 Guano (del quechua *wánu*, ‘abono’) materia excrementicia de aves marinas y focas que se encuentra acumulada en gran cantidad en las costas y en varias islas de Perú y del norte de Chile.

la curtiduría de Hermann Schülke, de Stolzenbach o de Christian Rudloff, la destilería de Albert Thater y los astilleros de Alberto Behrens o Enrique Wilhelm.

También fue agricultor, chichero de arvejas y manzanas, capador de cerdos, hojalatero, remachador, peluquero y sastre; sereno y zapatero. Tenía una bigornia, una pata de cabra de hierro donde remendaba los zapatos. Fue presidente, chofer y tesorero voluntario de la Cruz Roja, llevaba las cuentas al hilo. Los últimos años, había estado de nochero en una empresa de construcción en Santiago donde se jubiló. Mataba el tiempo haciendo mangos de cuchillos y de herramientas, empastador de libros, mimbrero y practicante, oficio que hacía gratis a los pobres, renunciaba a cobrarles; por eso era bien querido en el barrio. Este oficio lo aprendió cuando estaba de voluntario en la Cruz Roja. Realizó todos los cursos de enfermería, no solo los obligatorios, sino también los que creía que podían enseñarle algo más; siempre fue un perfeccionista. Los cursos eran impartidos con fondos europeos, por lo tanto, eran gratis para los voluntarios de la Cruz Roja. En sus tiempos mozos, fue también cazador, tenía una escopeta de doble cañón, cazaba choroy³, liebres y zorros.

Se ilusionó con encontrar oro, aunque decía que no tenía tiempo. Una vez me dijo que había visto una llamarada a lo lejos en un campo de heno, y que eso significaba que había oro enterrado, era una llamarada grande que sobresalía por su luminosidad; a medida que fue acer-

3 Loro choroy, ave endémica de los bosques del sur de Chile.

cándose, la llamada cogía más intensidad, pero de golpe desapareció. Estuvo dando vueltas a la redonda unos trescientos metros, pero no encontró ningún rastro de suelo quemado. Regresó varias veces al lugar; la llamada no volvió a aparecer. Él siempre estuvo convencido de que en ese lugar había un tesoro enterrado.

Hubo un tiempo en el que discutía con los duendes, decía que lo despertaban por las noches, que hacían ruidos y cuchicheaban; me costaba creerle, para mí eran patrañas: los duendes no existían. Un día, le pregunté por qué estaba tan seguro de que eran duendes, me dijo: «Por los excrementos, son amarillos en forma de círculos de mayor a menor», había visto unos cuantos, aunque los duendes se cuidaban para que nadie pudiera verlos. Así era mi abuelo, un hombre rudo, con mil oficios, despegado, generoso, cortés y recto que creía en duendes y en oro enterrado custodiado por el diablo. Tenía pocos amigos, de vez en cuando, se dejaba caer su camarada de trabajo apodado Caigo Parado, de apellido Villagrán. Le habían puesto el mote porque era un tipo que caía bien a la gente. Siempre usaba botas de chantillí, las mismas que usaban los oficiales alemanes.

Una de las cosas que le apasionaba a mi abuelo era interpretar los sueños; tenía varios libros de cabecera. Lo malo era que, siempre que se le preguntaba, su pronóstico era de mal agüero, pregonaba una lluvia de desdichas, infortunios y desgracias. Era una verdadera fe lo que profesaba, y, cuando ocurría alguna desgracia o las cosas se desviaban o se torcía la buena fortuna o la salud de al-

guien, manifestaba que los sueños jamás se equivocaban, que estaba escrito en un párrafo de la Biblia: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños», Hechos, 2,17. Todo ello a mi abuela la exasperaba, le provocaba mucho coraje oírle anunciar tantos males y desgracias.

La lluvia estentórea, copiosa y persistente creaba burbujas como botones en las charcas que iban creciendo a medida que descargaba toda su furia. Daba a veces la impresión de que no acabaría nunca. La costumbre en los días de lluvia era hacer sopaipillas. La abuela se ponía a amasar la masa después de comer para tenerlas listas a la hora de tomar once⁴. Las sopaipillas recién hechas venían a salvar un par de horas mientras la sombra de la noche apresuraba sus pasos devorando un cielo parduzco y ceniciento. Creo que por eso las hacía la abuela. Era ya una costumbre. Era un momento exclusivo, como en una madriguera, un momento en el que todo estaba unido por ese lazo de amor familiar y a veces espiritual que protege a los de su stirpe. Luego, nuevamente, la espera y, aunque el tiempo diera una tregua y escampara, a esas horas ya avanzada de la tarde solo quedaba esperar la cama y el día siguiente.

⁴ Tomar once, merienda, hora de juntarse con la familia y/o amigos para compartir una comida dulce o salada entre las cinco y las siete de la tarde. Término que hace referencia a las once letras de la palabra aguardiente, surgió en la época colonial, donde las familias se reúnen a beber aguardiente.

En esos tiempos, había desabastecimiento y racionamiento. Se hacían filas interminables, como una hilera de hormigas, la gente murmuraba, algunos alzaban la voz y otros discutían como si se fuese a acabar el mundo. En una ocasión, mi abuela me colocó en una de las filas para comprar pan, y ella se posicionó tres personas por detrás, para así coger dos raciones de pan, porque solo se podía comprar una ración por familia. Cuando la fila estaba llegando a su término, me giré y le pregunté a mi abuela cuánto pan debía comprar; fue entonces cuando una de las personas que atendían en el establecimiento recriminó a mi abuela, recordándole que solo se despacha a una persona por familia. Mi abuela me fue dando collejas hasta que llegamos a casa, creo que tuve unos cuantos chichones en la coronilla y en la frente. Mi profesora, la señorita Pilar Ortiz Salcedo, decía que eran los yanquis con sus multinacionales mineras del cobre y la oligarquía financiera nacional, los «momios»⁵, que estaban comprando con sus dólares a los transportistas para provocar la paralización y el desabastecimiento. Que era la política americana con sus acciones encubiertas y su boicot contra el Gobierno legítimo. Decía que era Nixon, que se ponía furioso porque le estaban hurgando el patio trasero, porque para Richard Nixon y su asesor de Seguridad Nacional Henry Kissinger América Latina no era más que su patio trasero.

La señorita Pilar vivía enfrente de nuestra casa, a unos 5 Momio, derivado de la palabra momia y que hace referencia al carácter estático, permanente y conservador de una momia. Partidario de ideas conservadoras o de derecha.

cien metros del colegio; era una mujer sociable y sencilla, su marido era taxista, tenía un Simca 1.000, ellos y el director eran los únicos que tenían coches; estaban afiliados al Partido Comunista, él se llamaba Isidoro Noboa Villanueva, pero todo el mundo lo conocía como el Rulo, tal vez porque tenía el pelo rizado. Tenían una hija que se llamaba Mabel Noboa Ortiz, era de mi edad, iba a la misma clase que yo. La señorita Pilar tenía una cojera debido a que tenía una pierna más corta; era de nacimiento, por eso le decían el dólar, porque en ese tiempo el dólar era inestable, subía y bajaba continuamente. Mis hermanas me molestaban con Mabel para hacerme enfadar. Era más alta que yo, a mí no me gustaba, ¿no era cierto que me gustara! Un día en que mis hermanas se estaban burlando de mí, les grité: «No me gusta la muñeca del diablo», y lo único que conseguí fueron unas carcajadas de mis hermanas y que me molestaran por años con la muñeca del diablo.

La señorita Pilar provenía de una saga de maestros de escuela: su abuelo había sido profesor de una escuela rural y su padre llegó a ser director de un colegio al norte de Santiago, en la ciudad de Colina. Ella siempre hablaba de su abuelo y su padre, que habían estudiado en la Escuela Normal Superior de Santiago, institución formadora de maestros de primaria; decía que la profesión le venía por tradición. Mi primera maestra, la señorita Pilar, era como el primer amor que siempre se recuerda con mayor añoranza. Me enseñó a leer y a escribir, nos contaba cuentos, nos enseñó el folclore de las diferentes zonas del país,

poesías y prosa poética, hacíamos representaciones teatrales de personajes históricos de la independencia como Manuel Rodríguez Erdoíza. Nos hizo aprender a toda la clase el libreto de la obra y, una vez que lo aprendíamos, ella elegía quiénes iban a representar a los personajes; eran seis: cuatro soldados españoles, el sargento Benavides y Manuel Rodríguez Erdoíza. Nos había dicho que quien se lo aprendiera mejor sería el personaje principal: Manuel Rodríguez. Practiqué durante semanas repitiendo la obra con mucha ilusión de ser Manuel Rodríguez; todos querían ser Manuel Rodríguez Erdoíza. Con la tartamudez que me acompañaba, era consciente de que no tenía muchas posibilidades, pero, aun así, me ilusioné con la obra. Al final, tuve algo de suerte, me eligió para ser soldado español. Los soldados españoles al mando del sargento Benavides buscaban sin descanso al insurgente Manuel Rodríguez; este era un patriota de la independencia que había cogido fama como espía y guerrillero en la clandestinidad, durante la época de la Reconquista española. Llegó el día de la actuación; fue en un teatro de verdad, con alfombra roja y butacas negras: el teatro Nacional de Puente Alto. La señorita Pilar tenía contactos con el mundo de la farándula, así que lo organizó de tal manera que parecíamos auténticos actores. Al estreno fue el director del colegio, el señor Javier Ilabaca, las autoridades municipales y toda mi familia, ilusionada por mi participación en la obra. El teatro se llenó, estaba a rebosar, no cabía ni un alma. Lo que no esperaban mis hermanas era que mi participación en la obra fuese tan

solo una frase: «¡Oh!, ¡es muy astuto!», lo que fue durante un tiempo objeto de risas y burlas, sobre todo de María, mi hermana mayor; cuando teníamos alguna vez desavenencias o disputas, me daba con la frasecita, la repetía una y otra vez, no dejaba de pronunciarla hasta que me enfadase.

Todo olía a algo impreciso de olores que se mezclaba con el prado, la savia de los árboles y cierta humedad que provenía de algún lugar, tal vez del gallinero, de los gatos o de las palomas. Tenía unos siete años por aquel entonces, lo recuerdo nítidamente, esos días de lluvia se hacían larguísimos, se reducía el espacio como si te metieras en una concha, como una noche en que estaba tan asustado por la oscuridad que las horas casi se detenían y, entonces, comenzaba a contar ovejas para dar cuerda al reloj y que avanzara la manilla, mientras el sueño no hacía su aproximación. La infancia indudablemente es una mezcla de miedos y confianza. Todo desaparece, solo el sonido del viento moviendo los árboles y la lluvia repiqueteando en la ventana parecieran haber quedado grabados en la memoria, casi intactos sin necesidad de escarbar muy hondo para verlos con nitidez. Para mis abuelos, la lluvia era algo mágico, un mar que caía poco a poco. Un recuerdo infinito.

Algún otoño asoma de repente dejando entrever un camino cubierto de hojas, de tonos amarillos y ocre, y a veces grisáceos que se mezclan con el vaho de las hojas de plátanos descompuestas. Una hilera de esbeltos y desnudos álamos que conducían al camino principal, y, en el

cruce, se alzaba la parroquia de Santa Rosa con sus dos vetustas acacias en ambos lados de la entrada, rosales en los bordes del tramo desde la puerta de la acera hasta los escalones de entrada al templo.

La parroquia tenía una vidriera circular en la fachada que representaba a un pastorcillo y la figura de Jesús con la mano derecha a medio levantar. Por los flancos, una serie de dibujos rectangulares de algún santo y de la Virgen María. Eran rojos intensos, azules, verdes y blancos de superficie rugosa dando una luminosidad tenue y sombría al habitáculo. En el lado opuesto al altar, justo en un entrante a la derecha de la puerta de salida, se encontraban el órgano y el coro. Mis dos hermanas estaban en el coro, eran primera voz.

A mí no me gustaba ir a misa, prácticamente me obligaban, tenía un traje dominguero, con una camisa blanca, pantalón gris y dos chalecos de lana hechos a palillo de color azul marino; me causaba picor, uno con manga para el invierno, y otro sin manga cuando venía el buen tiempo. Mi madre me echaba zumo de limón como si fuese gomina para que el pelo se quedara fijo y brillante. Mi abuelo era de los primeros feligreses en llegar al templo. Aparecía luciendo su camisa blanca de doble puño y traje color café, con su sombrero fedora al estilo Carlos Gardel, un sombrero flexible de ala corta. Yo intentaba no ponerme cerca de mi abuelo y de mi madre, pero no lo conseguía, me daba mucha vergüenza y desazón sentarme junto a ellos; ambos descollaban con sus voces cuando se cantaba en la liturgia. A mi madre, con su voz

de soprano, se la podía oír desde la entrada al templo, y mi abuelo repetía dos o tres veces la última letra en cada verso; los dos juntos llegaban a tapar las voces del coro. Aunque ya estaban acostumbrados los feligreses, yo tenía la sensación de que siempre nos miraban como si fuese la primera vez.

Pero realmente las estaciones que marcaron definitivamente los recuerdos comienzan con la primavera. El almendro y los cerezos se colmaban de motas blancas y las golondrinas aparecían de improviso alborotadas en el tejado, volaban frenéticas en un sinfín de piruetas. Brotaban las abejas, los abejorros, los saltamontes y las mariposas, y el cielo se llenaba de volantines y cometas. Se jugaba mucho a echar comi⁶. Se encumbraba el volantín con hilo curado⁷; algunos se ponían guantes para competir, porque el hilo podía cortarte las manos y los dedos. El juego consistía en lograr cortar en el aire el hilo del volantín de otra persona. Como todo juego, tenía su técnica: había que dar hilo muy despacio, como se decía, «dar carrete»; si recogía el volantín, lo más probable era que fuera cortado por el adversario. En algunas ocasiones, se iban cortados ambos volantines. Los cortados podían ser atrapados por cualquiera, esa era la regla; quien lo capturaba se lo quedaba. Todos corríamos detrás de un

6 Echar comi, encumbrar un volantín con hilo curado y tratar de cortar en el aire a otros volantines.

7 Hilo curado, hilo con polvo de vidrio pegado con cola. Desde el 2012, en Chile está prohibido la producción, venta y uso de hilo curado, debido a que puede provocar heridas, dañar a aves y animales.

volantín cortado porque era un trofeo que valía mucho más que cualquier volantín nuevo o varios de ellos. No solo los niños perseguían el trofeo, los adultos también lo hacían y muchas veces se veían verdaderas disputas entre un hombre hecho y derecho y un niño pequeño por causa de un volantín cortado. Al colegio llegaban algunos, podían desplazarse varios kilómetros hasta que se precipitaban al suelo; todo dependía del capricho del viento.

Fue también a mediados de primavera, dos años después del golpe de Estado de la dictadura militar, un sábado, el de mi cumpleaños, cuando apareció mi madre con mi primera bicicleta, de color azul celeste; la mejor bicicleta del mundo. Mi madre la compró en los Almacenes Paris, una tienda famosa en el centro de Santiago. La compró a crédito, hizo un esfuerzo y la pagó en cuatro cuotas. Me la regaló porque ella de pequeña anhelaba tener una bicicleta como los alemanes, diez años deseando tener una bicicleta hasta que, por fin, mi abuelo se la compró cuando mi madre cumplió quince años; estuvo ahorrando bastante tiempo, porque mi abuelo era de los que compraban las cosas al contado, pasando y pasando.

Mi madre aprendió a montar con la bicicleta de un novio de mi tía Eliana. Se dejaba caer todas las tardes y mi madre aprovechaba para dar vueltas por el barrio. Según decía mi madre, estaba perdidamente enamorado de su hermana, así que no ponía ninguna pega para que le cogiera la bicicleta. Fue el primer novio serio, antes de conocer a mi tío Fernando. Hijo de una comadre de mi abuela de apellido Mancilla, era regordete con pómulos

rosados. Aunque mi tía Eliana al poco tiempo había terminado con el noviazgo debido a que le daba mucho a la chicha de manzana. De vez en cuando, se cogía una buena cogorza y mi tía decía que no quería terminar casada con un borracho. Antes de la bicicleta de mi madre, mi abuelo les hacía a mis tíos patines y coches con ruedas de madera.

En el verano, la casa se cubría de plantas trepadoras, donde se deslizaban las lagartijas esbeltas y las salamandras para tomar el sol por la mañana. Veranos calientes y secos bajo un cielo azul. Colibríes, zorzales, tiuques, jilgueros, ciruelas bruno, albaricoques, duraznos, manzanas verdes ácidas y rojas, una pequeña huerta y, a lo lejos, una plantación de maíz. Un verano caliente en la casa del cielo azul.

A veces, me pierdo por las habitaciones, me da el sol de frente cuando estoy en la copa de los albaricoques, una perdiz se alza de improviso y agita mi corazón por un momento. Parece que todo está allí... esperando, antes de todo comienzo, como una canica debajo de la cama esperando ser rodada nuevamente.

II

Llegó con la cola del mar
que golpea los márgenes de la tierra.
Llegó con la lluvia
que se enreda en el cabello.
Llegó con el viento
que se ahoga en el cielo.
¡Madre Tierra,
que cantas a la espuma del mar!
¡Sombra de un árbol frutal!
Cuando caen las estrellas,
una semilla en las alas del viento
vuela embriagada de vida,
luchando con la sombra del tiempo,
con las garras del olvido,
en la boca del universo.
Cuando la muerte se incrustó
en la orilla de su pecho,
como hojas envejecidas,
la luna apareció inerme
con su cara oscura.

Mi abuela se había marchado en los primeros días de verano. Anocheceía más tarde y los días se dilataban como el cuadro de los relojes blandos de Salvador Dalí, en horas calientes y perezosas. Se la llevó la neumonía. Había aguantado el invierno y la primavera a duras penas. Aunque era una mujer con coraje, luchadora y activa, de ojos fieros y resueltos, el último año de la neumonía se volvieron mansos y vidriosos; le fue haciendo mella a tal punto que era casi irreconocible su carácter, la enfermedad le había doblegado hasta el alma. Era triste verla así, casi sin fuerza, cada vez más temblorosa y hundida, permanecía el mayor tiempo del día tumbada en la cama con la muerte susurrándole al oído. Mi abuela no tenía ganas de morir, resistió todo lo que pudo; al final, quiso marcharse por la mañana y con buen tiempo, con una suave luz que reverberaba tenuemente, mientras un zorzal repiqueteaba insistentemente en la ventana. Con los años, me fui distanciando de ella; en cambio, mis hermanas cada vez más apegadas a mi abuela. Aunque su sombra protectora siempre estuvo presente, era como la sombra de un árbol frutal. Mi abuelo lo tomó con impavidez y entereza, como parte del orden natural e inevitable de las cosas. Durante meses, su rostro permaneció insondable.

La muerte siempre se envuelve en un halo de desconuelo y tristeza, revolotea como una polilla alocada sobre la luz de una farola. La muerte de la abuela Herminia fue una verdadera hecatombe para la familia.

Los años pasaron desbocados y pesarosos, a mi abuelo le pesaba el cuerpo y el alma; lo envolvían la tristeza y la soledad. A ratos leía, a ratos dormía.

—¿Te acuerdas de estas fotos, Alejandro? ¡Mira! La casa de los abuelos y aquí está Willy —dijo María mientras preparaba una taza de té.

—¿Qué será de Willy?

—Me dijeron que falleció el verano pasado.

—¡Qué pena! Fue parte de los buenos recuerdos de nuestra infancia. ¿De qué murió?

—Un envejecimiento prematuro, fue lo que me dijo la señora Rosa. ¿Te acuerdas de que era su vecina de entonces?

—Sí, la última vez que fue a nuestra casa creo recordar que fue el último verano de 1976, tenía yo diez años.

Asiduamente, frecuentaba la casa, llegaba por la mañana y se quedaba hasta la tarde. Se asemejaba a un rostro dibujado por Greco con unas pinceladas de ocre y marrones de Rembrandt; con un eccema impercedero, daba la impresión de que estaba reverdeciendo constantemente la piel hasta producir impaciencia, con una malévola irritación, como un lagarto envejecido y malhumorado. Venía a veces a jugar conmigo, en otras ocasiones con mis hermanas. Tenía las orejas puntiagudas y una mirada extraviadamente pueril. Willy tenía treinta y tres años, pero la mentalidad de un niño de ocho; Willy tenía síndrome de Down.

—No le dieron el visado canadiense, ¿verdad?

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, no te acuerdas de que su hermano Alfredo se lo quiso llevar a Canadá, pero ya sabes, Willy era «improductivo».

—Sí, es verdad, su hermano menor era médico. ¿En qué ciudad se estableció?

—Creo recordar que en Toronto.

—Esa zona se parece a la Región de Los Lagos, a la zona alemana. Tiene bosques recios y enormes lagos.

—Valdivia. ¡Qué añoranza! El río Calle-Calle con las barcas amarradas en la orilla y el puente que conducía a la universidad. Había una isleta donde se alzaba una gran casona de madera, todavía la recuerdo pintada de blanco y celeste, y el techo de zinc de color bermellón, rodeada de un bosque recio y persistente. Robles, castaños y alerces, y algunos arbustos de mosqueta y murtila.

—Es la Isla Teja, donde estuvo la Compañía Cervecería Unida⁸ antes del terremoto.

—¡Ah! Sí, por esa carretera conducía a Niebla, pero no es la Isla Teja de la que estoy hablando, es una pequeña isleta al frente del puerto que me encantaba, daba la sensación de que Robin de los bosques aparecería de pronto en la orilla.

—¡Robin! Más bien, el señorito Hoffmann con una escopeta de caza y unos cuantos perros blancos con pintas negras, como un cuadro flamenco.

8 Compañía Cervecería Unida (CCU), empresa productora de bebidas alcohólicas y no alcohólicas. A principios del siglo xx inicia su consolidación para convertirse en la principal productora de cervezas en Chile mediante la adquisición de diferentes fábricas, entre ellas la cervecería Anwandter de Valdivia.

—¿Esa factoría desapareció con el terremoto⁹?

—Después del terremoto, no volvió a abrir, quedó totalmente destruida.

—Y lo peor de todo fue no solo el terremoto, sino también el maremoto.

—¡Es verdad! Fueron un terremoto y un maremoto. El abuelo decía que fueron cerca de diez minutos interminables y que, horas antes del terremoto, los lobos marinos subían por el río hacia la montaña. Me dijo que fue un espectáculo maravilloso. Nadie se podía imaginar que los lobos marinos estuvieran avisando de la inminente catástrofe.

—¿A qué hora fue? —preguntó mi hermana.

—A las tres y diez de la tarde, era un domingo de otoño.

—Me refiero a los lobos marinos.

—¡Ah! Por la mañana.

—Horas antes anunciaban el desastre. ¡Qué extraordinario!

—Bueno, también dicen que los perros aúllan unos diez minutos antes.

—¡Ya! Pero estamos hablando de varias horas antes.

9 Terremoto de Valdivia, 22 de mayo de 1960, es el de mayor magnitud registrado en la historia: 9,5. Los científicos calculan que la energía liberada fue veinte mil veces más que la bomba de Hiroshima. Quince minutos después del movimiento telúrico, se originó un tsunami con olas hasta veinticinco metros arrasando buena parte del sur del país y alcanzando la costa oeste de EE. UU. UU., Hawái, Japón, Filipinas, Tahití, Nueva Zelanda, Samoa, islas Marquesas y la península rusa de Kamchatka.

—Ese día, me dijo el abuelo que había amanecido con sol y sin lluvia. Era un día agradable, inusitado, poco habitual para esa época del año. El día anterior, se habían sentido leves temblores, nadie le dio importancia, se pensaba que eran réplicas del terremoto de Concepción.

—El maremoto sorprendió a todos, se perdieron muchas vidas, incluso quedó encallado en el río de Valdivia el casco del barco de vapor el Canelo, todavía se aprecia el mástil en el río; la embarcación era de la empresa naviera Haverbeck y Skalweit. El barco estaba en el puerto de Corral y fue arrastrado más de diez kilómetros contra corriente muy cerca de la isla Sofía, da la idea del infierno.

Era un gran barco de carga,
de esos que amaban el trigo,
llevando frutos silvestres
hacia los puertos de España.
Y ahora está lleno de arañas.
Como un pájaro podrido,
echado sobre un costado,
se halla el Canelo tumbado.

—Esa es la canción de *El Canelo* de Schwenke y Nilo.
A mí me gusta *Lluvias del sur*.

—A mí también, pero además *El viaje*.

—El maremoto se tragó pueblos enteros.

—En Corral no alcanzaron a ponerse a salvo, el mar se llevó sus casas, los animales y todo lo que encontró a su paso. Poblaciones enteras, como la de pescadores

de la Caleta San Carlos, fueron devastadas por las olas de treinta metros, registrando centenares de muertos y desaparecidos. Se cuenta que un bombero de Corral, que estaba avisando con la sirena para advertir a los lugareños del tsunami que se avecinaba, fue arrastrado mar adentro, permaneció un día aferrado a un tablón a varios kilómetros del lugar, hasta que fue rescatado; el hombre estaba con hipotermia y casi desvanecido.

—Yo estuve viajando por las tierras del sur con mis amigos, con Roberto y el Flaco Almeja. ¿Te acuerdas de ellos?

—Sí, el más patudo¹⁰ de todos era el Flaco Almeja.

—También vino con nosotros el Loco Nelson. Luego en Castro nos juntamos con el Guatón¹¹ Marcelo y el Zanahoria.

—A propósito, ¿por qué lo llamaban Almeja?

—Por la boca. Tenía la boca como una almeja. Pero deja que te cuente: recorrimos toda la costa oeste de la Isla Grande. Había pueblos enterrados por el mar. Las olas rompían a unos cuatro kilómetros de la orilla, luego volvía a sosegarse el mar y a unos doscientos metros se formaban nuevamente las olas, esta vez con menos ímpetu. Le pregunté a un aldeano la razón de que las olas rompieran tan lejos, y me dijo que fue el maremoto del año sesenta. Las olas de treinta metros en la recogida se habían llevado una parte del litoral mar adentro, provocando un desnivel.

¹⁰ *Patudo*, col. Chile, cualidad de patudez; desvergonzado, atrevido, descarado.

¹¹ *Guatón*, que es gordo o barrigudo.

—¿Te acuerdas de lo que nos relató mi tío Jorge sobre el mítico teatro Alcázar, aquel que estaba en la calle Buenas, a pasos de la calle Picarte en Valdivia?

—No, no me acuerdo.

—Bueno, era un gran edificio en su tiempo, una mole de hormigón armado y ladrillos de tres a cuatro pisos. Ofrecía cine popular y asequible a gran parte de la población.

—¡Venga, al grano!

—Resultó que quedaron atrapadas muchas personas, algunos perdieron la vida al tratar de escapar del terremoto.

—¿Se derrumbó el teatro?

—No, no se derrumbó, aunque el edificio sufrió daños estructurales irreparables y el espolnazo telúrico le dejó herido de muerte; más bien se debió a la desesperación por salir a toda prisa, añadiendo que las escaleras eran estrechas y, como comprenderás..., se produjeron apretones, golpes, caídas, incluso infartos.

—Un sálvese quien pueda.

—Mira aquí, hay otra fotografía de Willy junto a mi tío Fernando.

—¿Recuerdas cuando apareció Willy por primera vez?

—Sí, fue en verano, en enero de 1974, yo estaba jugando detrás de la casa con unos soldaditos de plomo que me habían regalado por Navidad, en un montón de arena que había justo detrás de la ventana de mi habitación, al lado de la pila de ladrillos.

—¡Ah! Ya lo recuerdo. El día anterior habíamos estado en el Cajón del Maipo en las aguas termales.

—Sí, ese día me lo pasé como nunca. El agua estaba tan buena. Antonia no fue con nosotros.

—No, se había ido al sur, a la casa de su madrina, la tía Eliana. Nos quedamos tú y yo. Estuvo yendo dos o tres veranos, ¿te acuerdas? Ese tiempo, el hijo de mi tía tenía la concesión del Club Social de la Unión en Valdivia.

—¿Quién, el tío Chano?

—No, tu primo Chano.

—Como era tan mayor, lo consideraba más tío que primo. Yo nunca fui a ese club, pero me acuerdo de que nuestra madre dijo que había visto un fantasma en la bodega. Siempre cuenta la historia y siempre dice que le corre un escalofrío cada vez que lo recuerda. Se llevó un susto morrocotudo.

—La bodega estaba en el subterráneo del edificio. Se bajaba por una escalera de caracol. Y ¿a quién vio?

—A un hombre vestido de etiqueta que le sonrió. Ella, en un primer momento, pensó que era un camarero y le devolvió la sonrisa. Se agachó para coger una botella de vino, dijo que solo había sido un instante; cuando se incorporó y se volvió hacia el lugar en el que se suponía que estaba aquel hombre, cerca de la escalera, allí ya no había nadie, se había desvanecido en el aire. Se preguntó estupefacta cómo había subido tan rápido las escaleras. Era diametralmente imposible.

—Esa casona era de finales del siglo XIX. Fue construida por un arquitecto francés. Perteneció a una rica

familia inglesa. Era la época del refinamiento francés en las Américas. Había llegado con todo su esplendor el estilo rococó.

—Era imposible que subiera las escaleras en tan poco tiempo, a no ser que volara... La tía Eliana también lo vio.

—Calla, calla, que me da escalofrío.

—El abuelo siempre ha dicho que los muertos son los que nunca nos harán daño. Hay que tener miedo a los vivos, no a los muertos.

—Ya lo sé, pero no puedo evitar que me dé miedo.

—«No me preocupa la muerte, me disolveré en la nada», es una frase de José de Saramago.

—Pues Isabel Allende tiene una frase mejor: «La muerte no existe, la gente solo muere cuando la olvidan».

—«Solo una cosa no hay. Es el olvido», Jorge Luis Borges.

—No quiero que mi abuela muera con el olvido, quiero que siga existiendo mientras yo viva.

—Nuestra abuela seguirá existiendo y nuestro padre también, aunque no lo percibamos de la misma manera. De nuestra abuela tenemos recuerdos y vivencias; en cambio, de nuestro padre solo un recuerdo de su existencia.

—Yo sí me acuerdo algo de él, algo difuso, pero me acuerdo.

—Pero qué mala suerte tuvo nuestro padre... Escapó de una guerra para luego morir en un accidente de avión.

—Tal vez no murió en la guerra para que pudiéramos nacer nosotros.

Alrededor de las dos de la tarde, un avión comercial Douglas DC-6B se estrelló en el sector cordillerano de Santiago, en el costado sur del Cajón del Maipo. El avión comenzó a descender deprisa, descontroladamente, con una velocidad de vértigo y esparciendo una humareda negruzca que tiñó el cielo en una nube oscura y cenicienta. Segundos después, se precipitó contra un risco en el sector El Morado. En el aire, como una murmuración de estorninos, se divisaba un millón de minúsculos pedazos de materiales y restos orgánicos.